

Ângelo

por André Arruda

El sueño de cualquier escritor de ficción es tener imaginación y competencia para crear una figura tan fascinante como la de Ângelo Barbosa Monteiro Machado, retratado en el corto documental “Ângelo”, de Mariana Machado (nieta del personaje principal). Presentándose como científico, profesor de neuroanatomía y zoología, dramaturgo, escritor, ecologista y entomólogo, con una pasión especial por las libélulas y las mariposas, el Sr. Ângelo es además de todo un protagonista extremadamente carismático – **“El gato tiene 7 vidas. Como solo tengo una, tuve que hacer todo en esta”**, llega a decir en un momento, en un resumen de su vida y su buen humor.

De hecho, esta mezcla de performance con autenticidad del protagonista también se puede entender en el propio planteamiento de la documentalista, que, si bien parece valorar la personalidad de su abuelo como figura atractiva, no deja de indicar en el discurso de la propia película, las elecciones estéticas y narrativas que tuvo que hacer. Por ejemplo, los momentos en los que aparece la voz de la directora narrando la decisión de incluir una filmación de la abuela (ya fallecida) o el deseo frustrado de construir una escena final del abuelo rodeado de mariposas suenan a una (bienvenida) ambición al proyecto. Aun así, exponer la toma de decisiones narrativa revela al espectador el complejo proceso que es acercarse con imágenes a alguien como el protagonista, lo que no deja de ser adecuado a la propuesta de la obra.

Sin embargo, también hay cierta inseguridad en el planteamiento, cuando la directora no deja espacio para la interpretación del espectador, algo bastante claro en la secuencia en la que dispone los objetos de su abuelo sobre una mesa. De por sí, este momento ya es fascinante por la aparente aleatoriedad de los objetos, en un perfecto resumen de la personalidad del protagonista, pero la voz en off exponiendo las razones de las elecciones de cada ítem suena innecesario, debilitando precisamente el elemento más importante de los objetos, ya que (otra vez) la aparente aleatoriedad es la clara materialización del cariño y el afecto a lo largo de una vida.

Pero esto se convierte en un pecado menor frente a la mirada sensible y expresiva que la directora tiene sobre Ângelo, dándole espacio para que muestre su cariño, inteligencia, vanidad y autenticidad frente a la cámara. Esta no es solo una obra de fascinación por un abuelo, sino por un anciano irreverente, magnético, que habla

apasionadamente de insectos, declama versos románticos o incluso canta de forma inesperada en la bañera.

Compuesto por varios momentos divertidos en los que el protagonista cuenta sus historias y logros, el proyecto se beneficia no solo del rostro expresivo y casi caricaturesco del individuo, sino incluso de la dicción no siempre comprensible de Ângelo, ya que sentimos una satisfacción extrema en cada historia o chiste que absorbemos del personaje. Como resultado, dejamos el documental con una nueva visión de cómo el cariño y la profunda pasión por la vida se pueden expresar de diferentes maneras y en distintos materiales, construyendo ricos legados y conexiones con nuestros seres queridos.

Si fuera un personaje ficticio, Ângelo Machado ya sería encantador, el hecho de que se trate de un retrato de una figura real hace que la visión del mundo de ese anciano sea aún más contagiosa, y convierte al propio documental en otra materialización del afecto centrado en esa figura. Y si algo tienen en común Ângelo y Mariana Machado es la capacidad de demostrar lo apasionado y tridimensional que puede ser el cariño.